

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.  
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.  
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

## El Corazon de Jesús.

—  
*Fili, præbe mihi cor  
tuum.*

Hijo, dame tu corazon.

—  
En esto consiste nuestra dicha y la dicha del mundo; en armonizar nuestro corazon con el corazon de Jesucristo. Esta es la llave de oro que nos franquea las puertas de la temporal y eterna bienaventuranza. Santa Gertrudis deseaba con vivísimo deseo unirse íntimamente con Jesucristo, y para lograrlo, no cesaba de pedirle que se dignase morar en su pecho virginal. Aparecióse Jesucristo á la enamorada Virgen y le dijo: El que quiera agradarme, y tocar la cumbre de la perfeccion, es preciso que me entregue la llave de su corazon, y que jamás me la reclame. La

santa doncella, poseedora de este secreto realizó con él sublimes ascensiones en la escala de la perfeccion y toda su fuerza, y toda su dicha se cifraba en la virtud divina de esta oracion que repetia con frecuencia: ¡Dulcísimo Jesús, hágase en mí tu voluntad! De donde se colige que si nosotros entregamos de buen grado á nuestro amantísimo Jesús la llave de nuestro corazon, podemos estar seguros de que al punto nos entregará el Señor la llave de su reino, á saber, los tesoros de su gracia en esta vida, y los tesoros inamisibles de su gloria en la otra vida. Hé aquí, el secreto de nuestra existencia y la condicion de nuestra felicidad: la conformidad de nuestra voluntad con la voluntad de Dios, la union íntima de nuestro corazon con el amantísimo Corazon de

Jesús de tal manera que todos nuestros deseos, todos nuestros afectos, todos los latidos de nuestro corazón se ajusten, se armonicen, se identifiquen con ese deífico Corazón, norma soberana, centro vivo, y modelo perfectísimo de todos los corazones. El mismo Jesucristo nos pide con dulcísimas palabras que le entreguemos nuestro corazón sin otra mira que la de hacerle semejante al Suyo en la perfección, y participante de su dicha inefable, divina, superior á todo encarecimiento. *Fili, præbe mihi cor tuum.* Esa petición de Jesús se funda en un derecho absoluto de su absoluta soberanía, y tiene por objeto la difusión de sus bondades en el corazón de los hombres. De manera que nosotros debemos responder al amoroso llamamiento de Jesucristo, entregándole nuestro corazón, primero, *porque es justo*, segundo *porque es útil á los hombres*, y tercero *porque es muy agradable á Dios.*

—

Debemos dar á Jesucristo nuestro corazón porque es suyo, porque tiene derecho á poseerlo, porque nosotros tenemos la indeclinable obligación de consagrar á su servicio cuanto somos y cuanto tenemos, nuestro sér, nuestra existencia, nuestras fa-

cultades, todos nuestros pensamientos, todos nuestros deseos, todas nuestras palabras y todas nuestras obras. Ese derecho corresponde á Jesucristo en concepto de Creador universal y esa obligación incumbe á todo hombre en calidad de criatura. Todas las gentes le han sido dadas en herencia y toda la tierra es su posesión. De Jesucristo tenemos el sér natural y sobrenatural, en Él nos movemos y por Él vivimos. La sangre que brotó de su corazón herido es nuestro rescate, nuestra salud y nuestra vida. No fué el oro, ni la plata el precio de nuestra libertad sino la muerte en patibulo afrentoso, sufrida por el cordero inmaculado, Jesús Hijo de Dios, saturado de oprobios, herido por nuestros pecados, despedazado y muerto por las iniquidades de todos nosotros. De aquí nace la justicia con que Jesús reclama para sí el cetro de nuestras inteligencias y de nuestros corazones. De aquí arranca y en tan hermosos títulos se funda la obligación de consagrar al servicio de Jesucristo toda nuestra vida. En los días tristes como en los días alegres, en la abundancia y en las escaseces, en la prosperidad y en la adversidad nuestro deber es conformar nuestra voluntad con la voluntad de

Dios, y sentir como Dios quiere que sintamos, besar su mano cuando nos hiere, y darle gracias cuando nos favorece. Si todas las voluntades humanas se regulasen por la voluntad divina, y todos los corazones se ajustasen en sus afectos, en sus deseos, en sus sentimientos al Corazón santísimo de Jesús, el mundo de las almas sería más bello que el mundo de los cuerpos, y la sociedad de los hombres por la unidad de sus pensamientos, por el concierto de las voluntades, y la armonía de las operaciones, por el cumplimiento de todos los deberes, y el respeto de todos los derechos, llegaría de progreso en progreso hasta la cumbre de la civilización, y semejaría la sociedad de los ángeles y bienaventurados.

Decid vosotros con David: *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum* (1).

Mi corazón está siempre con Vos, ¡oh dulcísimo Jesús! Ni la tribulación, ni la angustia, ni la detracción ni la calumnia, ni las desgracias, ni las prosperidades, ni criatura alguna podrá separarme del amor que os he jurado, porque no solamente es justo que yo os ame de todo corazón, sino

que ese amor es para mi manantial inagotable de dichas temporales y eternas.

Z. M.

(Se continuará.)

---

## VARIEDADES.

---

### EL CRISTO DE LA LUZ.

---

#### Tradición Toledana.

---

(Conclusion.)

El costado de la escultura santa destilaba sangre por la herida que el impío había producido con su lanza. En aquel momento como si la naturaleza, ante tan milagroso portento, quisiera cantar las alabanzas al Señor, se desbordó en ese ritmo cadencioso y encantador que forman como notas sueltas de una melodía lejana y que suena al compás de las ráfagas del viento, el rumor de las hojas que se besaban en las arboledas, el murmullo de la corriente del Tajo que retrataba en su azulado cristal las flores de sus orillas y los peñascales de sus cercanas vertientes, el trinar de los pájaros que se levantaban gorgoando de entre las florestas vecinas; ruidos sin nombre, ignota música del campo que solo la naturaleza expresa; himnos en fin que desde la tierra parecían remontarse al trono del Señor como una tromba de luz y de sonidos, de aromas y colores.

El desvanecimiento que había sufrido el judío Sacaó a la vista de tan extraordinario suceso desapareció al poco tiempo, volviendo a la vida como si despertara de un sueño profundo, pero

(1) Psal. 107.

subsistía en su alma la impresion y el recuerdo de la escena que habia presenciado. Abre de nuevo sus ojos é instintivamente fija miradas de espanto en la santa imágen en cuya herida aun vacilaba la última gota de sangre que teñió sus manos y su rostro; en vano se alza y embargado de un frenesí terrible corre á lavarse en las orillas del Tajo: bajo sus cristalinas aguas las manchas desaparecen; mas á penas separa sus manos de las claras ondas, la sangre humeante y roja vuelve á teñirlas. Y poseido de un pánico espantoso vuelve á sumergir sus manos y rostro bajo las aguas, y tornan á aparecer las manchas, hasta que al cabo corre desolado á las plantas de la santa imágen exclamando con acento de terrible remordimiento. ¡Perdon Jesús mio! os reconozco como Hijo de Dios vivo, y os adoro como el Redentor verdadero del mundo. Grandes son en verdad mis crímenes, y numerosos como los granos de arena que arrastra la corriente del Tajo, mis pecados; pues conoceis mis delitos dime la manera de expiarlos y hacer que desaparezcan de mí estas terribles manchas testimonio del sacrilegio que acabo de cometer. Os juro Señor por mi vida que de hoy mas mi boca no se abrirá sino para bendeciros y glorificaros, en prueba de ello ahora mismo corro á la ciudad para pregonar á los toledanos el milagroso prodigio de vuestro poder sobrehumano. Y esto diciendo, se postró ante la imágen sollozando y penetrando á los pocos instantes en la ciudad, daba desaforados gritos por las calles invitando á todos que encontraba á su paso para que fueran á presenciar el milagro del Cristo

de la Luz. Cuando encontrábase en alguna calle desierta, llamaba en las puertas de las casas á fin de poner en movimiento á los vecinos y ¡cosa singular! ninguno puso en duda sus palabras.

Al verle todo él manchado de sangre, hacer una y mil veces el relato del suceso, y afirmar que era cristiano, sin vacilar volaban al santuario con la impaciencia y el deseo de presenciar cuanto antes el milagroso portento. Y esto es natural, porque no hay nada que persuada tanto como la conviccion con que habla el sincero arrepentimiento, y mucho mas si sobre la frente del que habla centellea esa luz divina que corona á los predestinados.

Así es que en poco tiempo las cercanías del Santuario se hallaban invadidas de un numeroso gentío que pugnaba por aproximarse á la Santa Imágen, exhalando gritos de admiracion, dando voces de entusiasmo, llorando unos de alegría y rezando otros entre exclamaciones de místico arrobamiento: aquí un grupo numeroso se habria paso entre la apiñada multitud para recoger la sangre que gota á gota destilaba por su herida la milagrosa escultura; mas allá otros se encastraban sobre los capiteles de las columnas y los salientes de las cornisas para ver mas de cerca la llaga del costado del Santo Cristo; estos hundian su frente en la tierra empapada de su sangre bendita y aquellos la guardaban en preciosos relicarios. Todo allí se reunia en un círculo armonioso donde flotaban las plegarias de los niños, las oraciones de las vírgenes, los salmos de los sacerdotes, las peticiones de los humildes, las

resignadas quejas de los que padecían, los ayes de dolor de los que sufrían y los himnos de los que esperaban. Todo allí era grande, como grande era lo sobrenatural, lo maravilloso del acontecimiento que lo motivaba. Algun tiempo despues en aquella hora en que la noche que muere y el día que nace luchan un momento, disipando éste la azulada neblina de la aurora que tiende sus alas diáfanas sobre los valles y las colinas, cubriendo de formas y colores á los objetos, que parecen vacilar entre sombras y ráfagas de luz; una multitud inmensa se agolpaba en la ancha puerta del Santuario pugnando por penetrar en su interior, porque la piedad de los cristianos habian trasladado la imágen á la Iglesia, colocándola en el altar mayor, ante el cual iba á recibir el bautismo el nuevo convertido Sacaó. La tradicion afirma que tuvo lugar entonces otro nuevo milagro; en el momento que el sacerdote derramó el agua bautismal sobre el neófito desaparecieron repentinamente las manchas de sangre que teñían su rostro y sus manos y la que destilaba el costado de la imágen.

Por mucho tiempo no se habló en Toledo mas que de los milagros del Cristo de la Luz.

P. C. y B.

### Una historia de mi abuela.

Era durante el periodo más terrible de la tormenta revolucionaria del 93.

La pequeña villa de N...; tan pacífica en otros tiempos, se habia dejado arrastrar al fin por la corriente general: los

sacerdotes y los aristócratas eran perseguidos en ella, con el mismo encarnizamiento con que se les perseguía en la capital; estaba en vigor la odiosa ley de sospechosos, mil veces más terrible en las poblaciones pequeñas que en las grandes ciudades; y las casas se veían invadidas, y registradas escrupulosamente á cada momento, desde la bodega á las bahardillas, por patrullas permanente, tan respetuosas con el domicilio como los tribunales con la vida de los ciudadanos.

Mi abuela formaba parte de una familia que tenia títulos especiales á la atención de los hombres de aquel tiempo.

Entre los veintidos hermanos, de los cuales era ella la menor, habia un sacerdote; y, crimen doblemente digno de muerte, ese sacerdote, habia sido durante algunos años el confesor de Madame Elisabeth (1). Habiendo podido, por fortuna salir de París á tiempo para no ser víctima de los horribles asesinatos de la Abadía ó de los Carmelitas, habia venido á refugiarse á casa de su madre, en N...; y allí esperaba el día en que le fuera posible consagrarse de nuevo al ejercicio de su ministerio. Este día debia tardar mucho mas de lo que él se figuraba entonces.

Permaneció, pues, meses y meses en N...; encerrado, ó mejor enterrado por decirlo así, en un nicho que se habia abierto apresuradamente en la pared, en uno de los desvanes de la casa. Las paredes de aquella época no eran como las de ahora, delgadas hojas de papel: el terreno y la mano de obra costaban po-

(1) Hermana de Luis XVI.

co, y se abusaba tal vez algo de las dos cosas. Esto aparte de que con menos caprichos, y menos egoísmo también que hoy, se edificaba, no para la vida de una persona, sino para la de todos los suyos; para el porvenir como para el presente.

En aquellas sólidas paredes, que tenían muchas veces dos metros de espesor, era por tanto fácil abrir un hueco, para guardar las cosas de algún valor; y aun para ocultarse un hombre, en caso de necesidad. Un albañil de toda confianza hizo pues una especie de nicho, en la pared de la buhardilla; colocóse dentro de él, una cosa parecida á una cama; se practicaron algunas aberturas, disimuladas, por el enmaderado, para que penetrara el aire por la parte superior; se volvieron á colocar las piedras en su sitio, de modo que no se conociese habían sido sacadas de él; y para mayor precaución se amontonaron junto á la pared un gran número de haces de leña.

Muchos desgraciados tuvieron entonces que vivir así, durante semanas y meses enteros, en madrigueras; mas propias para ratas que para cristianos. Esto que hoy parecerá quizá increíble á algunos, aun después de la Commune, es sin embargo por desgracia rigurosamente histórico.

El pobre sacerdote encerrado todo el día en aquel nicho, temblaba constantemente, temiendo verse descubierto de pronto, tal vez en el instante mismo en que se creyera mas seguro.

Como se comprenderá había sido preciso enterar del secreto á varias personas; desde luego el obrero que hiciera el

escudite sabía cual era su destino; y como él lo sabían también los criados de la casa. Pero antes de aquella época funesta en que, bajo pretexto de emancipar á la humanidad, no se hizo otra cosa que enloquecerla con los ensueños imposibles de una igualdad quimérica, los criados formaban todavía parte, en cierto modo, de la familia; y el amo no aparecía á sus ojos como el enemigo común, contra el cual hay que luchar constantemente. Si, los supuestos esclavos amaban á sus pretendidos tiranos; y sabían guardar sus secretos, por peligroso que esto pudiera ser en unos tiempos en que la sangre humana era puesta á precio. Y cuán buena prima habría ganado, el que hubiera ofrecido al tribunal revolucionario la cabeza de aquel sacerdote! Mas no hubo un Judas que vendiera á su amo; y estaban tan seguros por ese lado, que todas las noches, cuando había pasado la hora de los registros probables, el pobre cautivo salía de su agujero y bajaba un rato á respirar el aire libre en el jardín.

Un día, la casa había sido visitada y registrada con mas escrupulosidad que nunca; porque como sabían que en la familia había un sacerdote, pensaban, no sin razón, que si no estaba ya entre los suyos, vendría al fin tarde ó temprano á buscar un refugio á su lado. Pues bien, aquel día los soldados, ó mejor las fieras de que la república del 93 se servía para la caza humana, habían pasado y vuelto á pasar veinte veces por delante del montón de haces de leña, lo habían sondeado en todas direcciones, y hasta lo habían deshecho en parte, para inspección

nar las paredes, dando en ellas grandes golpes con las culatas de los fusiles; pero nada les habia revelado la existencia del agujero en que se escondia la presa tan obstinadamente perseguida.

Libre al fin de aquella terrible agonía, el desgraciado habia salido de su prision, á la caída de la tarde, y se paseaba en lo más escondido del jardín leyendo su breviario, mientras su hermana, mi abuela, recogía cerca de él la ropa de la colada tendida en cuerdas á lo largo de los andadores; cuando de pronto, se oyó un gran tumulto de voces y de pasos en el corredor, la puerta de la casa que daba al jardín se abrió con estrépito, y una patrulla bastante numerosa se presentó inesperadamente en él.

Todo parecia perdido; pero las inspiraciones salvadoras brillan á veces, rápidas como el relámpago, en la inmiencia misma del peligro.

Mi abuela no vaciló un segundo; corre por detrás de la ropa tendida, con la agilidad de los diez y seis años, hácia el fondo del jardín, coje al pasar un gran lío de ropa, llega á donde estaba su hermano, lo hecha por tierra, arroja sobre él toda su carga, se sienta encima como sobre un banco, y se pone á cantar alegremente estirando y plegando sus servilletas y sus manteles, que apila cuidadosamente á su lado en el suelo.

La patrulla, atraída por sus cantos, se dirige hácia ella, y el jefe, el centurion, como contaba despues mi abuela, porque conocia mejor el lenguaje del Evangelio que el de la república, el centurion se acerca y le dice con aire feroz:

—Ciudadana, sabemos que tienes sacerdotes en tu casa, y ya comprendes...

Y terminó haciendo un gesto sobradamente significativo.

—Sacerdotes aquí! exclamó mi abuela. Pues bien, si los hay, somos mas hábiles para esconderlos que vosotros para encontrarlos. Y á buen seguro que no es por no venir á molestarnos á todas horas con vuestras visitas.

—Ya se tratará de que una vez sea la última replicó brutalmente uno de los de la banda.

—Si; añadió otro, y cuando se les encuentre, la justicia del pueblo quedará satisfecha; lo entiendes ciudadana?

El que así hablaba debia ser concurrente asiduo á las sesiones de los clubs.

—Ea pues, buscadlos, replicó mi abuela; para que la justicia del pueblo se cumpla. Y registradlo todo con cuidado; mirad ¡tal vez haya aquí alguno debajo de mi asiento!...

Y estas palabras de una loca temeridad, salvaron á su hermano!

La patrulla desconcertada por su sangre fria se retiró muy pronto, las visitas se hicieron menos frecuentes, y algun tiempo despues, á la caída de los partidarios del Terror, el pobre recluso pudo abandonar su agujero y refugiarse en Bélgica.

Pero nosotros que escuchábamos cuando niños la relacion de nuestra abuela, con la boca abierta, sin casi respirar, por no perder nada de ella, lanzábamos un grito de espanto al oirlas; y no nos atreviamos á volver la cabeza, por miedo de descubrir detrás de nosotros las caras siniestras de aquellos hombres, de

que nos había referido tantas cosas horribles, y de ver brillar en la sombra las bayonetas de sus fusiles y los puños de sus sables: porque era siempre por la noche, después de haber rezado el rosario con ella, cuando nuestra abuela nos contaba sus historias espantosas del 93.

M.<sup>e</sup> MAUGIRET.

### Lo que puede un Ave Maria.

En la época nefasta de la Revolución francesa, residía en la ciudad de Mirepoix una mujer, de esas criaturas excepcionales que gozan con el crimen. El pasatiempo, ó mejor dicho, la felicidad de esta desgraciada, consistía en acompañar desde la cárcel á la guillotina á los condenados por el tribunal revolucionario, é insultarlos hasta que subían las escaleras del patíbulo. Los Sacerdotes, sobre todo, tenían el privilegio de excitar hasta el mas alto grado su furor y dirigirles las mas groseras injurias, exasperándola hasta el frenesi la calma y resignación de los mártires que marchaban silenciosos á morir, sin parecer que observasen sus gritos é invectivas.

El 8 de Febrero de 1794, un eclesiástico conocido por la santidad de su vida, Mr. Raclot, iba al suplicio, como uno de tantos, por permanecer fiel á Jesucristo. La harpía le aguardaba, y al pasar, «Veamos, dijo, si este me responderá.» Y mostrándole el puño y espumante de coraje prorrumpió en su vocabulario de injurias. Mirándola entonces Mr. Raclot con inexplicable dulzura, la dijo:—«Ruegue usted por mí, señora.»—¿Cómo...! ¿Quién... yo...? ¿Me dices que ruegue por tí?—«Si, señora, la suplico un Ave Maria por mi alma que va á comparecer ante Dios.» Y permitido séanos pensar que en aquel momento el santo Sacerdote rogó á Maria por su perseguidora. Imposible es describir el efecto de sus palabras sobre aquella des-

graciada, que cayeron sobre ella como un golpe de maza. Ruborizándose y palideciendo sucesivamente, sus facciones alteradas manifestaban que mil diversos sentimientos se agitaban en su alma. Al fin, mirando al Sacerdote con mal disimulada emoción: «Si, señor Cura (dijo); rezaré el Ave Maria.» Y en efecto, la recitó en alta voz; pero no bien concluyó su oración, comenzó á gemir y sollozar y así continuó hasta llegar al cadalso, donde se arrodilló juntando las manos. Todos los circunstantes, no sabiendo que pensar la miraban asombrados. Concluida la ejecución regresó en silencio y siempre llorando á su casa, de donde no se la vió salir sino para las cosas precisas. En los siguientes dias cuando pasaban ante la puerta de su casa los tambores de la República precediendo á las victimas destinadas al verdugo, se oían desde la calle sollozos desgarradores. Como Mariana no hablaba á nadie, ántes tan locuaz y desvergonzada, las gentes la creyeron loca, y pensaron, pues no se atrevían á decirlo, que Dios la había castigado.

La verdad es que Mariana se había convertido, y bien claramente se vió esto, cuando restablecido el culto, Mariana procuró con su conducta ejemplar, con cuantiosas limosnas y con obras de penitencia, reparar sus pasados escándalos. Todos los años iba en peregrinación á Nuestra Señora de las Ermitas. Veía-sela partir á pié pidiendo limosna y en edad avanzada, aun que su fortuna le permitía hacer cómodamente el viaje. Murió manifestando hasta el fin de su vida profunda contrición, edificando mucho á los actuales habitantes de Mirepoix.

